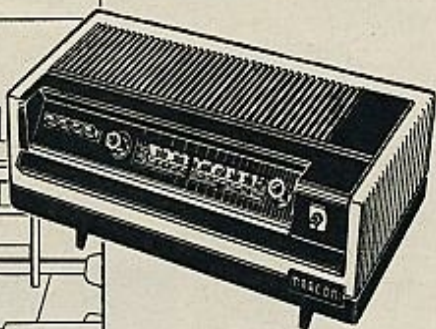
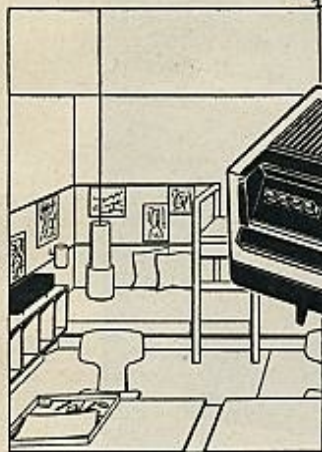


**en todos
los
ambientes**

**EN
CUALQUIER
SITIO
DEL
HOGAR,
CABE
UN
EVOLUCION**



P.V.P. 3.495 PTAS.

IMPUESTOS INCLUIDOS

porque es el aparato de radio diseñado especialmente para la casa.

Fácilmente transportable, funciona indistintamente con pilas o con la red general.

O.M. Evol. 3

MARCONI

PRIMER NOMBRE EN RADIO

Ella

No y Sí a:



A peinados voluminosos y desaliados tipo «nido cigüeña». **NO**



SI A las melenitas sueltas y lisas sujetas por una «barrette».



A adornos de bisutería, excesivamente grandes y llamativos. **NO**



SI Al collarcito de perlas, a las bofitas de oro en las orejas.



A maquillajes de vampíresa y «rabos» pasados de moda. **NO**



SI A los fondos ligeros que dejen transparentar la piel joven.

LOS pocos años no son siempre, como suele creerse, sinónimo de alegría, despreocupación, felicidad perfecta. Las jovencitas tienen también sus problemas, a veces tan agudos, que cuando han pasado la adolescencia la recuerdan como un período de tristeza y confusión que causa alivio haber dejado atrás.

¿Cuáles son esos problemas? De índole muy diversa, naturalmente. Tanto como pueden serlo sus circunstancias familiares, su formación y temperamento; pero hay algunos en los que coinciden la mayoría de ellas.

Para detectarlas mejor, hemos charlado con un grupo de chicas, entre los dieciséis y los diecinueve años. Chicas corrientes, que en ningún modo representan excepción. Como esas que encontramos en el metro o el autobús todas las mañanas, camino de la academia o el lugar de trabajo, con el mismo vestidito de última hora y dando vueltas en la cabeza a los mismo conflictos que sus pocos años agrandan hasta hacerlos gigantes.

Es como si una buena ración de tortitas con nata o un helado me consolarán. Y claro... así no consigo bajar ni un gramo.

En los años que son el puente entre la niña y la mujer, es corriente que la silueta esté todavía mal esbozada. A veces es excesivo el peso —como le ocurre a María Pilar— y a veces exagerada la delgadez —ésta de la que se llamó a sí misma apolo de escobas—. La naturaleza no ha terminado aún su obra. Hay que concederle un margen de confianza —y de tiempo— para que lo haga y, mientras tanto, no aconsolarse royendo algo a todas horas. Y tampoco, desde luego, buscar soluciones imitando a las herolinas románticas y tomando vinagre, limón u otros brebajes, no por más modernos menos dañinos. Será suficiente seguir un régimen de comidas sanas —ra-

Es verdad. Todas las mujeres tenemos escondido en algún lugar del armario un par de zapatos que nos parecen feísimos. Pero no creemos que esto se deba a que la indecisión sea defecto característico de nuestro sexo —¡Si los hombres quisieran confesar la de cosas que han comprado y que no han llegado a estrenar siquiera!—. Lo que ocurre es que saber a ciencia cierta lo que a uno le gusta es cuestión de aprendizaje. A veces bastante largo. Sólo después de mucho vacilar, de coger la prenda menos útil o bonita, o las vacaciones más aburridas, se adquiere la experiencia, el gusto necesario para no volver a caer en los mismos errores.

Y si las posibilidades ofrecidas a la elección se refieren a asuntos trascendentes —carrera, matrimonio, etc.— tampoco hay que vacilar demasiado. Pensar, sí; pero no eternizarse en considerar pros y contras. No sea que en esto pase como con los billetes: que se hayan acudido cuando tomemos por fin una decisión y nos quedemos en tierra, sin título o sin marido.

LAS JOVENCITAS DICEN...



SOY TIMIDA

A Elena S., dieciocho años, empleada de oficina, le cuesta mucho decidirse a hablar. Por fin, cuando se convence de que no se trata de juzgar a nadie, sino de charlar cordialmente entre amigas, nos confía su preocupación: la timidez.

—Es algo que me obsesiona hasta estropearme todas las horas del día. Si mi jefe me llama para hacerme una observación, aunque sea en el tono más correcto posible, empiezo a tartamudear, no acierto a explicar las causas de mi error y tengo la espantosa sensación de ser una completa tonta.

Alguna de las chicas de la reunión ríe ante el tono dramático con que Elena ha dicho estas palabras y ella se pone encarnada hasta la raíz del pelo. Enfadada consigo misma, exclama:

—¿Lo ven? Esto me pasa por cualquier motivo: cuando entro en un salón lleno de gente, cuando un muchacho me hace un cumplido... Y lo peor es que no sé si nunca podré vencer esta timidez...

Sí, la timidez puede y debe vencerse, porque es un fardo de los más incómodos de llevar. Quizá el mejor modo de conseguirlo sea pensar que la timidez no es sinónimo de modestia sino, más bien, de vanidad. ¿Por qué nos somojamos al entrar en un salón? ¿Por qué creemos que el mundo va a hundirse cuando cometemos un error? Porque la idea de que los demás no nos juzgan lo bastante bien vestidas o lo suficientemente listas, nos fastidia. Si nos acostumbramos a pensar eso soy un ser excepcional, a nadie puede extrañarle que me equivoque; si en lugar de considerarnos unas fracasadas porque no supimos intervenir brillantemente en una conversación o porque hemos pisado al compañero de baile, lo aceptamos con naturalidad o, mejor con sentido del humor, no solamente se habrá dado un paso importante en el combate contra la timidez, sino que resultaremos simpáticas a todo el mundo. Tal vez a Elena le sea útil adoptar esta actitud mental y... tomarse una taza

de té de vez en cuando. Por ejemplo, antes de asistir a esa fiesta donde habrá, seguro, un muchacho dispuesto a encontrarla encantadora. Y no preocuparse si se le sube el pavo. Un poquito de rubor aumentará su atractivo.



SOY GORDA

Esto declara, entre las protestas de toda la reunión, María Pilar H. Las protestas están justificadas. María Pilar, que tiene dieciséis años, dos preciosos hoyitos en las mejillas y estudia para secretaria, no es más que una chica de esas que pueden llamarse allenitas. Pero ella insiste:

—No, gorda. Sé que a mi edad se deben pesar diez kilos menos de los centímetros que se sobrepasan al metro de estatura. Yo mido 1,58 y peso... ¡51 kilos!

Nos mira con expresión desolada, como esperando que la compadezcamos. No lo consigue. Por el contrario, otra de las chicas del grupo, que tiene su misma edad, declara:

—A mí me gustaría más ser como tú, en vez de parecer el mango de una escoba, que es lo que parezco...

—¡Oh, no! —exclama María Pilar, disgustada por nuestra incompreensión—. Tú te puedes poner pantalones sin estar ridícula. En cambio yo... Toda la ropa me cae mal y me encuentro pesada, sin gracia. Para colmo, cuanto más me preocupo por mi peso, más hambre tengo.

comiendo el pan, los dulces, los líquidos—, practicar algún deporte y esperar tranquilamente esa silueta perfecta —o casi, que tampoco hay por qué ser tan exigentes— que aparecerá una vez terminada la adolescencia.



SOY INDECISA

Le ha tocado sacar su defectillo al sol a Lucía G-B. Tiene diecisiete años y trabaja en una peluquería.

—No comprendo cómo algunas mujeres son capaces de entrar en una tienda, pedir algo y comprarlo si les gusta o marcharse si no encuentran lo que quieren. Yo dudo terriblemente antes de comprarme cualquier cosa, consulto con mi madre, con mis amigas y cuando llega el momento de entrar en el comercio, ya no sé si de veras quiero unos zapatos negros de tacón o unos marrones y planos. Y la mayor parte de las veces compro aquellos que luego, en casa, me parecen los más feos.

Una voz: «Eso nos pasa a todas... Risas y comentarios.

—Yo no me preocuparía —continúa Lucía— si no fuese porque soy igual de indecisa en todo. El verano pasado, por ejemplo, podía elegir entre marcharme con un grupo de compañeras a Alicante o ir a París, donde vive una chica que pasó una temporada en casa. Bueno, pues tanto lo estuve pensando, que cuando quise decidirme ya no había billetes dentro de las fechas de mis vacaciones... Me quedé en casa, pasando calor y llamándome estúpida en todos los tonos...



SOY DIFÍCIL

Así se define Rosa María V., dieciocho años, estudiante de idiomas, con una seriedad que la hace parecer mayor.

—Por lo menos, eso me dicen en casa. Y creo que tienen razón. No me gustan las diversiones corrientes entre los chicos de mi edad. Entre irme a bailar o al cine, a ver una película cualquiera, prefiero quedarme en casa, leyendo un libro o escuchando discos. Sin embargo, me gustaría tener amigos; pero amigos que se interesen por algo importante, lo que ocurre en el mundo. Si lo digo, se rien de mí como si yo tratara solamente de hacerme la interesante. Creo que la juventud actual es demasiado frívola, demasiado superficial. Por eso me resulta difícil salir de mi aislamiento.

Otra vez protestas; pero más apasionadas que las anteriores. «No somos superficiales», asegura Elena S. «¡Y frívolas tampoco!», exclama Lucía G-B.

De acuerdo. No es justo decir «la juventud» es de esta o aquella manera, como no es justo tachar a todos los adaluces de indolentes o a todos los ingleses de xenófobos. Generalizar es la mejor manera de equivocarse y los individuos que tienen en común un mismo lugar de nacimiento o una misma edad, no han de ser necesariamente iguales unos a otros. Entre los jóvenes de hoy hay tantos aficionados a leer un buen libro, como a bailar el twist hasta dejarse los meniscos en el suelo.

Es perfectamente lícito buscar las amistades entre aquellos que comparten nuestras aficiones; pero quizá no lo sea tanto hacer traucho aparte de una manera absoluta. Hasta un Premio Nobel puede dejar por un rato sus libros para irse a bailar un ratito sin que, por eso, se le caigan las condecoraciones. Y, quién sabe, hasta es posible que lo encuentre divertido. Lo importante es que no se considere a sí mismo como adiflicto, que no se aisle y entre en contacto con otras gentes que, desempeñando otras actividades, viviendo en ambientes distintos, también pueden llegar a ser sus amigos. Buenos amigos.

C. V.-V.